



# Las batallas perdidas



Eudora Welty

Traducción del inglés a cargo de  
Miguel Martínez-Lage



IMPEDIMENTA



*En memoria de mis hermanos,  
Edward Jefferson Welty  
Walter Andrews Welty*

## ***Personajes de la novela***

### LA FAMILIA

Elvira Jordan Vaughn, la abuela

#### *Sus nietos:*

Nathan Beecham

Curtis Beecham, casado con Beck

Dolphus Beecham, casado con Birdie

Percy Beecham, casado con Nanny

Noah Webster Beecham, casado con Cleo

Sam Dale Beecham (*fallecido*)

Beulah Beecham, casada con Ralph Renfro

#### *Los hijos de Beulah y de Ralph Renfro:*

Jack, casado con Gloria

Ella Fay

Etoyle

Elvie

Vaughn

Lady May Renfro, hija de Jack y de Gloria

La señorita Lexie Renfro, hermana del señor Renfro

La tía Fay, hermana del señor Renfro, casada con Homer Champion

Varios descendientes y primos y familia política de los Beecham

### DE LA COMUNIDAD DE BANNER:

El hermano Bethune, predicador baptista

Curly Stovall, tendero de Banner

La señorita Ora Stovall, su hermana

Aycock Comfort, amigo de Jack

El señor Comfort y la menuda señora Comfort, padres de Aycock

Earl Comfort, tío de Aycock, enterrador

Willy Trimble, un chico para todo

Otros: los Broadwee, el capitán Billy Bangs, etc.

DE OTRAS PARTES:

El juez Oscar Moody, de Ludlow

La señora Maud Eva Moody, su esposa

La señorita Pet Hanks, operadora de teléfono de Medley

La señorita Julia Mortimer, que fue profesora del colegio de Banner,  
ahora en Alliance

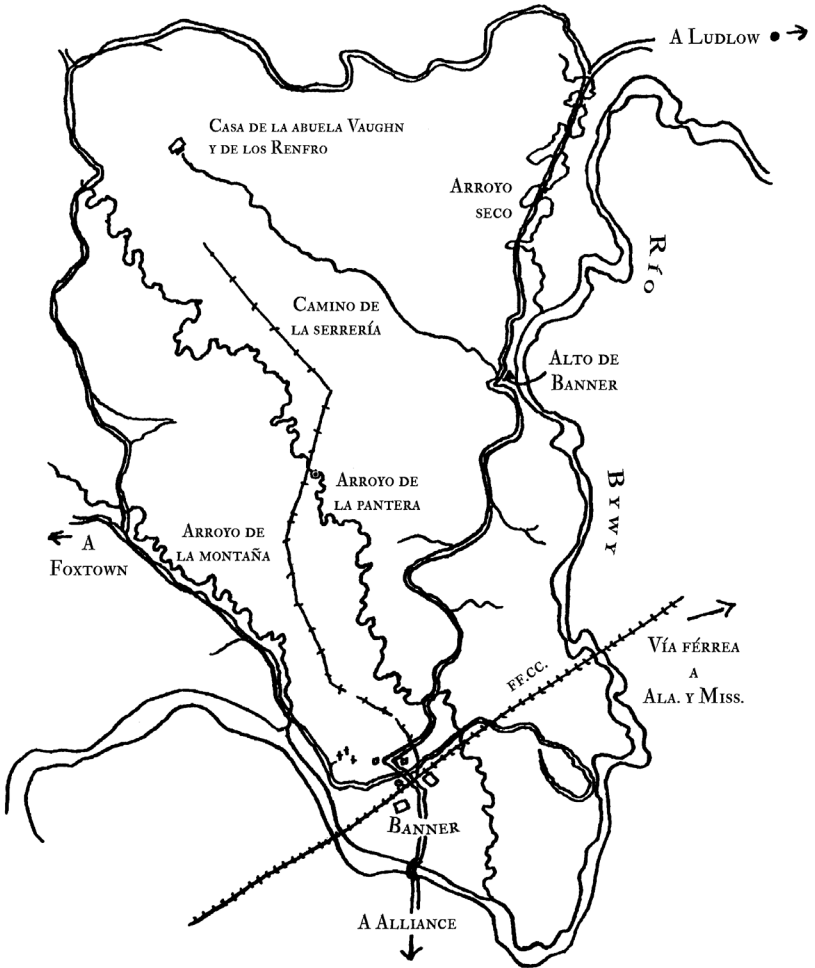
TIEMPO:

Un verano de los años treinta

LUGAR:

La zona montañosa del noreste de Mississippi

N



Cuando cantó el gallo, la luna aún no se había despedido del mundo, y ya bajaba con la mejilla arrebolada en vísperas de estar llena. Una nube fina y alargada la atravesaba despacio, estirándose como el nombre con que se llama a alguien. Cambió el aire, como si a poco más de un kilómetro se hubiese abierto de golpe una puerta de madera, y de pronto un olor más cálido que húmedo, un olor a río en estiaje, ascendió pegado a la arcilla de las lomas que se alzaban sumidas aún en la oscuridad.

Apareció entonces una casa en la cresta de la colina, como el reloj de plata de un anciano que asoma una vez más del bolsillo del chaleco. Saltó un perro de donde se había tumbado a dormir como un tronco, y se puso a ladrar como si saludase el día, como si no fuese a callar nunca.

Una niña chica salió entonces como un rayo de la casa. Bajó casi a gatas las escaleras y echó a correr por la parcela con los brazos abiertos, tropezando con los macizos de flores aún descoloridos como rostros pálidos, tocando uno por uno, a la carrera, los cuatro árboles grandes que jalonaban las cuatro esquinas del terreno, tocando el pilar de la cancela, el brocal del pozo, la pajarera, el poste de la campana, un

asiento hecho de troncos, un columpio colgado de un árbol y, dando la vuelta a la casa, hizo uso de todas sus fuerzas para dar la vuelta a un cajón grande, de madera, con lo que dejó salir en tropel a las gallinas blancas, de la raza Plymouth Rock, que se esparcieron por el mundo. Las gallinas se atropellaron veloces por delante de la niña, tras la cual apareció una jovencita en camisón. Le bailaba en torno a la cabeza un círculo de rulos para el pelo, de papel, más claros que la luz del alba, pero ella corría segura, de puntillas, como si creyera que nadie podía verla en esos instantes. Cogió a la niña chica en brazos y se la llevó dentro de la casa sin que la niña dejara de patear en el aire como si por piernas tuviera las aspas de un molino.

La más lejana de las lomas, como la lengua de un ternero, dejó un cárdeno lametazo en el cielo. En los bancos de bruma, los eriales, las arboledas y los trechos de arcilla pelada, palpitaba la vida como en los rescoldos aún prendidos, entre el rosa y el azul. Un espejo colgado en el interior del porche comenzó a titilar a la vez que se prendían algunos fósforos en la cocina. De súbito, los dos árboles del paraíso que medraban al fondo del jardín se encendieron como dos gallos que se pavoneasen levantando la cola de oro. Las babas de las orugas relucían en el árbol del pecán. Una sombra se abultaba bajo la copa, con una forma tan familiar como el Arca de Noé: un autobús escolar.

Entonces, como si algo se descolgase del cielo, todo el techo de chapa de la casa se tiñó de un nuevo azul. Los postes del porche suavemente florecieron en línea descendente, como si se fuesen trazando rayas de tiza, bajando de una en una en la pizarra todavía brumosa. La casa se fue revelando como si se encontrase allí y surgiera del puro recuerdo, recortada sobre un cielo ya sin luna. En lo que dura un respiro todo permaneció libre del menor atisbo de sombra, como si se hallase bajo la mano que levantara un velo, y entonces se vio un pasadizo que atravesaba la casa, justo por el centro de la construcción, y en el arranque del pasadizo, en el centro del salón de entrada, se reveló la presencia de una figura, una muy anciana señora sentada en una mecedora, con la cabeza ladeada, como si estuviera ansiosa de que alguien la viera.

La luz del domingo se derramó entonces a raudales sobre la granja con la misma rapidez con que se escabullían las gallinas. El primer haz de luz plana, sólida como una vara de avellano, se posó de inmediato sobre las lomas.

La señorita Beulah Renfro salió por el pasadizo al trote y clamó con esa voz de alarma que era su voz de siempre al elogiar a los demás.

—¡Abuela! ¿Cómo puede ser eso? ¡Ya de pie, vestida y arreglada y esperando a que lleguen, y todo lo has hecho tú solita! ¿Cómo no me has dado una voz para que te ayudara?

Esta nieta de la anciana señora andaba por los cuarenta y muchos, y era alta, huesuda, de movimientos impacientes, con una piel luminosa y restregada que se le estiraba al máximo de su finura y de su tonalidad sonrosada por encima del semblante alargado y parlanchín. Sobre los pómulos marcados sobresalían unos ojos azules como las piedras preciosas. Arrojó a la anciana señora con enorme delicadeza entre sus brazos y la besó en la boca.

—¡Y la tarta de cumpleaños ya ha salido del horno! —exclamó.

—Sí, todavía no he perdido el olfato —dijo la abuela.

La señorita Beulah dio un grito que resonó como la campana que se toca para llamar a la cena:

—¡Venid, niñas!

Sus tres hijas respondieron a la llamada. Las chicas de Renfro salieron corriendo del pasadizo, todavía en sombras: Ella Fay, de dieciséis años, la única que tiraba a regordeta; Etoyle, de nueve, olorosa aún a las vacas y a la leche ordeñada temprano; Elvie, de siete, que era la aguadora de este verano, con el pozal en la mano y lista para partir. Se pusieron en fila y plantaron una por una un beso en la mejilla acalorada de la abuela, un beso veloz como una picadura.

—Feliz cumpleaños, abuela —dijeron las tres al mismo tiempo.

—Tengo la esperanza de ver a todos mis nietos, a todos mis biznietos y a todos los tataranietos que me quieran traer, y cuento con verlos bien pronto —dijo la abuela—. Hoy cumplo cien años.

—Tú no le lleves la contraria —ordenó la señorita Beulah cuando Etoyle abrió la boca—. Ah, abuela, te vas a llevar el mejor regalo del mundo, la alegría de tu vida vuelve a casa... —La abuela asintió.



—¿Verdad que valdrá la pena la espera? —gritó la señorita Beulah. Y dio unas palmaditas sobre la mano temblorosa de la anciana.

En la tierra sin regar apenas medraban a pesar de todo algunas flores. Las cannas daban la vuelta a la casa por uno y otro lado en doble fila, como los muros de Jericó; las flores exhibían los colores preferidos de la señorita Beulah, colores de los que no toleran la sombra. Subían como cohetes los dondiegos de día amarrados hasta los cantos superiores del porche, y a lo largo de la entrada, colgadas de cestos sujetos al alero del tejado, las hojas verdes y estrelladas de los helechos. Los tramos de tubería de cemento que había al pie de la escalera rebosaban de verbena de hojas finas como el encaje. Por el lado de la parcela que daba al prado se alineaba una larga hilera de montbretias de un naranja resplandeciente, y en las corolas los colibríes sorbían el néctar como si no tocaran siquiera la flor. La salvia roja, la espadaña amarillenta y el cordón de cardenal se apiñaban en un arriate poco mayor que una bañera; una mata de hibisco tenía las flores abiertas de arriba abajo, rosadas como las mejillas de las niñas. Los grandes árboles del paraíso, a uno y otro lado de la cancela, aún parecían mayores a causa de las cornamentas plateadas de las ramas muertas durante el año anterior, que irradiaban en medio del verdor de la copa. El camino que conducía a la granja se internaba entre uno y otro, hasta ir a desembocar en el jardín de la entrada. Se alargaba entre uno y otro con el color de la palma de una mano, y con muchas más líneas y grietas y mayor desnudez.

—Podría venir ahora mismo —dijo la abuela.

—Pues entonces a ver si me desayunas deprisa y estás lista para cuando llegue —dijo la señorita Beulah.

La abuela se mecía hasta ponerse en pie y, tratando de apartar la ayuda que se le ofrecía, se encaminó por el pasadizo. La señorita Beulah se mantuvo tras ella sin llegar a tocarla, como si los hombros menudos y endebles que se encorvaban y temblaban delante de ella tuvieran la fragilidad de las alas de una mariposa, aunque al tiempo la enmarcaba con ambos brazos. Las seguían las niñas, avanzando a saltos para compensar la lentitud del paso.

El benjamín de la familia, Vaughn Renfro, que había terminado de ocuparse de lo que nadie más que él se podía ocupar aún, de atrapar y matar al gallo que se había escapado, y de recoger el resto del gallinero, dejó el hacha en su sitio. Subió los escalones del porche y se lavó en la jofaina que había junto a la mesa. Tomando de nuevo el trapo que hacía las veces de toalla, limpió el polvo reciente que cubría el espejo, dejándolo de un color tan delicado como el jugo de una sandía en una fuente recién limpia, y se miró la cara. No hacía mucho que había cumplido doce años.

Entró dando pisotones detrás de las niñas y de las mujeres.

A lo lejos se había disipado del todo la bruma debida al calor reinante, pero el pasadizo por el que acababan de internarse estaba tan luminoso como el ojo de una aguja. Al otro extremo, el cielo. La casa no era sino lo que parecía, un conjunto formado por dos edificios en uno. La segunda edificación se había construido junto a la original —todo ello tiempo atrás— y el suelo del espacio que mediaba entre ambas se había cubierto, tal como se había retechado, sin que aún se hubiera cerrado por uno y otro extremo. El pasadizo, en el que se encontraba el viejo telar de la abuela sin que nadie lo molestase y a nadie estorbase, era de una anchura algo mayor que las estancias que se abrían a un lado y al otro. Los troncos de ambos edificios se habían encajado herméticamente usando arcilla y restos de caliza, en algunos trechos reforzados por tablones de cedro que el tiempo y la intemperie habían vuelto de un tono casi rosáceo. Las chimeneas se alzaban por ambos lados, a los extremos de la casa. Los porches recorrían toda la anchura de la casa, por delante y por detrás, y al socaire del alero los seis esbeltos porches del frontero se hallaban espaciados a cada metro y medio, calculado a ojo de un muy buen cubero. Los clavos que afianzaban los maderos eran cuadrados como la uña del pulgar y asomaban entre las juntas; en los postes, la veta de la madera era rugosa al tacto. Las hechuras de la casa nunca se habían ocultado al aire del Mississippi, que en este primer domingo de agosto, y a esta hora, aún era suave como la leche.

Cuando la abuela, la señorita Beulah y las niñas ocuparon sus asientos en la mesa de la cocina, llegó el señor Renfro a sentarse con ellas. Era más bajo que la señorita Beulah, su mujer, y caminaba con una especie de cojera que parecía imprimir una rara reverencia a cada uno de sus pasos. Se acercó a la mesa e hizo una inclinación de cabeza ante la abuela, su esposa y sus hijas, inclinándose con reverencia ante el día. Ocupó su sitio en una de las cabeceras.

—¿Y esta, dónde se habrá metido? —preguntó la señorita Beulah.

Las tres hermanas pequeñas alzaron la voz al unísono para llamar a la impuntual.

—¡Glo-ri-a! ¡Hermana Gloria!

Desde la salita de la entrada llegó una dulce voz.

—Ahora mismo estamos ocupadas. Adelante, no nos esperéis para desayunar.

—Pues en tal caso, bendice la mesa a la velocidad del rayo, señor Renfro —le dijo la señorita Beulah a su marido—. Que a los demás nos queda un ciento de cosas por hacer.

Todos inclinaron la cabeza. El señor Renfro la tenía calva, bronceada por el sol, marcada por venillas abultadas que formaban por ambos lados el mismo dibujo, como el caparazón de una tortuga de tierra. La de Vaughn era de un rosa argentino, afeitada del todo a fin de no pasar calor, y las orejas le sobresalían como dos asas por las que se le pudiera sujetar y sacudirlo. La señorita Beulah y sus tres hijas se peinaban todas el cabello para atrás, con raya al medio, y lo llevaban pegado a la piel y formando sendas trenzas. La señorita Beulah se sujetaba las suyas tan rectas como una vía de ferrocarril alrededor de la cabeza. Las tenía negras como el alquitrán y se las fijaba con los mismos pasadores que llevaba cuando se casó, ahora brillantes como una moneda de diez centavos. Las chicas se peinaban las trenzas formando guirnaldas tan prietas que les duraban así hasta la hora de acostarse. Elvie tenía el cabello aún tan claro como una alubia rubia, a Etoyle ya se le oscurecía por mechones, mientras que el de Ella Fay era tan negro como las alas de un cuervo. Las trenzas que gustaba la abuela ya no le daban para formar un círculo completo en la cabeza;

así que se las sujetaba a la nuca en dos nudos tan apretados como los puños cerrados de un bebé.

Tras decir amén, el señor Renfro se adelantó para dar a la abuela su beso de cumpleaños.

—Oiga joven —dijo ella—, tiene fría la nariz.

La señorita Beulah se apresuró a servirles.

—¡Y ahora a comer todos en menos que canta un gallo! ¡No sea que nos sorprendan en la mesa!

—¿Quiénes serán los primeros en llegar? —aventuró Ella Fay.

—Yo diría que el tío Homer llegará el último, porque contamos con que traiga el hielo junto con tía Fay —dijo Etoyle.

—Pues para mí que el último será el hermano Bethune, porque hoy tendrá que calzarse los zapatos del abuelo —dijo Elvie con una mirada de búho que le llenaba la carita delgada.

Todos miraron al punto a la abuela, que estaba ocupada lamiendo el sirope de su cucharilla.

—Seguro que el último será el tío Nathan —dijo Ella Fay—. Viene a pie.

—Y por el camino vendrá haciendo las labores que el Señor quiere ver hechas —dijo la señorita Beulah desde la cocina—. Pero ese nunca nos ha fallado. Es el primogénito de la abuela.

—El último será Jack.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Quién ha dicho que el mayor de mis hijos será el último en llegar?

La señorita Beulah se volvió en redondo desde la cocina y echó a caminar a paso veloz hacia la mesa, dando la vuelta a la misma y levantando la cafetera de loza, de granito, con un perfil que recordaba tanto al suyo como al de George Washington, y lanzando miradas a cada uno de los integrantes de la familia antes de servir las tazas con gran pericia y velocidad.

—Ha sido Vaughn —dijo Etoyle con una sonrisa.

—Vaughn Renfro, ¿acaso se te ha metido en la cabeza llevarle la contraria a todo el mundo hoy precisamente? ¿No podía haber sido cualquier otro día? —clamó la señorita Beulah, sirviéndole un chorro de café en la taza.

—Jack es el que tiene que venir desde más lejos. Siempre y cuando logre ponerse en marcha —dijo Vaughn con voz terca, pero todavía sin hacer, aflautada.

Ettoyle rió.

—¿Y tú qué sabes lo lejos que está, eh? ¡Si no has salido de Banner en tu vida!

A Vaughn de pronto se le extravió la mirada.

—¡Pero he ido a la escuela! ¡He visto un mapa del mundo!

—Pura filfa. Mi chico llegará hoy de donde quiera que tenga que llegar —dijo la señorita Beulah subiendo la voz—. Sabe perfectamente quién le está esperando.

La abuela, con la cucharilla ante los labios, hizo una larga pausa y asintió.

—En cuanto a ti, señor Renfro... —exclamó la señorita Beulah—. Si sigues poniendo esa cara cuando te sientas a la mesa, que parece que el mundo se fuese a terminar hoy mismo, es posible que todos los que vienen se vuelvan sobre sus pasos y se larguen a sus casas sin haber llegado siquiera a la puerta.

En ese momento aumentaron los ladridos del perrillo, Sid, multiplicándose por veinte con el atronar de los perros pastores y el aullido cortante de los sabuesos. Ella Fay, Ettoyle y Elvie salieron corriendo por el pasadizo, adelantándose a todo el mundo.

Las tres niñas se alinearon al filo del porche y ya antes de ver que nadie llegase comenzaron a saludar agitando los brazos. Los vestidos de las tres, hechos de la misma tela de algodón sencilla y estampada, cubiertos por dibujos de Robin Hood y sus felices compinches con arco y con flechas, se hallaban en tres grados distintos de luminosidad; la mayor llevaba el más bueno. Estaban limpiísimos, duros como tablones de tanto almidón que les habían puesto, el borde de las mangas apretado en los brazos, tan afilados los frunces como unos dientecillos.

Avanzaba por una de las lomas, descendiendo por la falda, una polvareda como una pared del color del cobre. La provocaba un viejo sedán Chevrolet de diez años de antigüedad, reconvertido en camioneta tras arrancarle el asiento posterior y los cristales de las

ventanas. Llegó bamboleándose hasta la entrada, con un pasajero subido en el estribo que agitaba en la mano un guante de béisbol. El interior iba lleno de rostros emocionados, algunos de perros, con un cargamento de cestas de tomates sujetas en la baca, en el capó, en los guardabarros, cada una de las cestas repleta de pirámides de melocotones rojos y amarillos. Con los perros del jardín y los perros del coche ladrando todos a un tiempo, la camioneta rebotó por los baches de la entrada hasta el árbol del pecán y se detuvo detrás del autobús escolar, y una vez allí fue alcanzado por la polvareda que había ido levantando.

El tío Curtis Beecham, el segundo de los hermanos de la señorita Beulah, descendió por la portezuela del conductor. Se agachó al pisar el suelo y luego se estiró cuan alto era, con los hombros a la altura de las cestas de melocotones. A su espalda, el tropel de sus hijos y los saltarines hijos de sus hijos, acompañados todos de sus mujeres, salieron corriendo unos tras otros, los perros lanzados como flechas a los cuatro rincones de la granja.

Las hermanas Renfro, antes que nada, se ocuparon de ir a recoger las cestas del tío Curtis y asomaron todas la punta de la lengua entre los labios para darle las gracias.

—¡Vaya, tejado nuevo! ¡Habéis puesto un tejado nuevo! —gritó el tío Curtis a su hermana, la señorita Beulah, como si no se lo pudiera creer.

—¡Jack está de vuelta a casa! —dijo ella con un alarido—. ¡Hoy llega el mayor de mis chicos!

—Un tejado más sólido que un bidón —dijo el señor Renfro, que se encontraba en el porche con la señorita Beulah y con la abuela—. Más vale que lo sea.

—Ah, yo no te culpo de nada —protestó la tía Beck. Subió los peldaños por el mismo sitio que el tío Curtis. Su rostro, sonrosado y sencillo, era como la insignia misma de la confianza. Sobre el cuero cabelludo, también sonrosado, se esparcía una gran profusión de rizos minúsculos de color cremoso, como las estrellas de las clematis.

—Y habéis traído vuestro pastel de pollo —dijo la señorita Beulah, tomando de sus manos la tartera cubierta por un mantel.

—Pues justamente lo hice pensando en Jack —dijo tía Beck—. Si le preparo mi estupendo pastel de pollo, pensé, seguro que viene, por muchos kilómetros polvorientos que tenga que recorrer.

Tanto ella como el tío Curtis eran miembros de la Comunidad de Morning Star. Tía Beck besó a la abuela y luego besó al señor Renfro, al que llamó primo Ralph, así como a la señorita Beulah y a las niñas. Volvió entonces con la abuela y le volvió a dar un beso.

—¡Hay que ver qué bien está la abuelita, qué estupenda se la ve! ¡A saber cuál será su secreto!

La anciana señora se acomodó en la mecedora y se colocó con toda precisión el sombrero, un sombrero negro, de terciopelo, de edad indefinible. El vestido de batista, entre púrpura y morado, le quedaba ya varias tallas demasiado grande, y prácticamente la envolvía del todo. Se adornaba con unos pompones negros la puntera de los chapines.

—¡Ahí vienen más! —chilló Etoyle.

En medio de la polvareda que aún tapaba por completo el camino apareció una vieja camioneta que rodaba con un neumático pinchado, con la parte trasera tan llena de pasajeros que estos no podían ni agitar la mano para saludar, con bebés colgados de los brazos, como los querubines del Cielo en las ilustraciones de la Biblia familiar. El armatoste en cuestión era propiedad del tío Dolphus y la tía Birdie Beecham, de Harmony. En menos de un minuto la camioneta se fue vaciando. La muy menuda tía Birdie y sus hijas saltaron veloces, adelantándose a los demás, tocadas con toda clase de sombreros y bonetes, como si el polvo y el calor y la luz constituyeran más bien una tormenta enfurecida que se abatiera sobre las mujeres y las niñas. Todas iban cargadas.

—Si hay una cosa que de veras detesto es viajar a la intemperie —exclamó alborozada la tía Birdie—. ¡Vaya, habéis puesto chapa nueva en el tejado! ¡Caramba, Beulah Renfro! ¿Y cuánto te habrá costado?

—¡Pregúntale al señor Renfro!

—¿Y con qué pretexto? —gritó la tía Birdie abrazándola.

—¡Es que viene mi chico! ¡Mi chico viene a casa! —exclamó la señorita Beulah—. Viene para darle una sorpresa a la abuela... Lo que pasa es que nos hemos enterado.

La tía Birdie, chillando de contento, abrió los brazos y corrió a saludar a la abuela. Se la notaba desdibujada, y aun así seguía siendo el colmo de la animación, como si mucho antes se hubiera dejado engatusar en una especie de suspense perpetuo.

—¡Feliz cumpleaños, abuela! ¡Y va a venir Jack! ¿No nos compensará eso por todo? —exclamó al oído de la abuela.

—No me grites, que te oigo perfectamente —dijo la abuela.

Entonces llegaron los pequeños Beecham y le quisieron regalar a la abuela un enorme ramo de dalias, cada tallo del tamaño de una muñeca de trapo, además de una carretada de flores rojas y mullidas y melladas como las crestas de gallo, y un montón de peras de cocinar sujetas en un mantel amarrado por las cuatro esquinas. La señorita Beulah acudió en su ayuda.

El tío Dolphus, el mediano de los hermanos Beecham, avanzó con pesados pasos por el porche y arrimó su rostro curtido, renegrido casi, para besar a la abuela.

—No pasa nada, todos echaremos una mano mientras tú esperas a que llegue —le dijo.

Mientras los propios nietos del tío Dolphus se movían de un lado a otro como un enjambre de abejas, la abuela fue depositándoles uno a uno un beso en la cabeza, como si fuese una forma rápida de contarlos. En la coronilla de las niñas el cabello se abría en crenchas blanqueadas por el sol, separadas y rectas como las púas de un tenedor, sobre otras de un amarillo más oscuro que nacían por debajo. Las cabezas de los chiquillos, debidamente rapadas, eran de un blanco albino o de un gris plateado, como las cabezas de unos ancianos diminutos.

—¡Feliz cumpleaños, abuela Vaughn! —le iba diciendo cada uno de ellos cuando les tocaba.

—¡Va a venir Jack! ¡Va a venir Jack! —chillaba la señorita Beulah. Entretanto otro coche había entrado por el patio chorreando gasolina y había aparcado tras el destartado Ford del tío Dolphus. Era otro



Ford viejo y baqueteado, alabeado por el peso, aunque solo transportaba a dos personas.

—¿Abuela, son el tío Percy y la tía Nanny! —gritó Etoyle.

—Todavía veo perfectamente... —dijo la abuela.

La tía Nanny Beecham subió los peldaños como si llevase sujetas a las faldas del vestido de algodón estampado unas seis o siete sandías, y solo cuando llegó arriba resopló.

—¿Vuelve Jack? ¿Para quedarse? —Miró en derredor guiñando el ojo—. Bueno, bueno. ¿Y dónde está Gloria?

—Pues yo diría que estará encaramada a la tabla de planchar —dijo la señorita Beulah.

—Y dónde si no. —La tía Nanny le entregó a la señorita Beulah un recipiente lleno de miel, todavía en un trozo del panal que había arrancado esa misma mañana, y que había troceado de cualquier manera. El recipiente despedía un olor a clavo tan fuerte como la pimienta más picante—. ¿Y qué pasa, que no hay nadie aquí que venga a decir hola? —dijo a voz en cuello.

—La abuela se está portando como una valiente, ahí mismo la tienes, detrás de ti —le recriminó con amabilidad la tía Beck, y la tía Nanny por poco dio un traspié al darse la vuelta para abrazar a la anciana, las mejillas de su rostro enorme y abotargado llenas de rose-tones colorados.

Los hijos del tío Curtis y los nietos del tío Dolphus ayudaron a transportar el cargamento que acababa de llegar. Entraron con los tomates y los pimientos, con algunas peras de otoño y con un pozal lleno de uvas gruesas; todos los niños del grupo andaban ya a su antojo con las manos moradas. Trajeron unas dalias con las hojas caídas de los tallos como si fueran enaguas, unos cordones de cardenal más oscuros y más robustos, del color de una puesta de sol una tarde de tormenta, y una caja de puros llena de higos tardíos, todos apretujados, casi magullándose unos a los otros, aún prendidos a la hoja de la higuera, purpúreos y pesados como sacos, con unas burbujitas rosas que afloraban a la superficie y una avispa embriagada que había hecho con ellos todo el viaje desde Peerless. Trajeron sandías. Entre ellas una cuyo peso se calculó que rondaría los treinta kilos.

El tío Percy contemplaba todo esto en silencio. Como tenía la voz escasa y ronca, se le consideraba un hombre delicado de salud. Levantó, para que la abuela los viera bien, unos cuantos pececillos que llevaba sujetos por un cordel, y que se agitaban como la cola de una cometa.

—Feliz cumpleaños —dijo, con la nuez de Adán tan temblorosa como alguno de los peces.

—Todos esos caben en una sartén —dijo la abuela—. Tengo prevista una comilona un poco más a lo grande de lo que casi todos parecéis pensar...

—¿Y no te vas alegrar de ver en casa a ese hermano mayor que tienes? —le gritó la tía Birdie a Vaughn.

—A mí lo mismo me da que no venga hasta mañana —dijo Vaughn.

—Este chico habrá crecido dos palmos desde que Jack se marchó —dijo el tío Curtis, como si así se explicase todo lo dicho.

—Pero si no ensancha un poco me parece que no lo vamos a ver mucho, y a lo mejor ni lo encontramos cuando queramos buscarlo —dijo la tía Nanny, y dio a Vaughn un pellizco en la cintura.

—A mí lo mismo me da que no venga a casa hasta la siguiente reunión familiar —dijo Vaughn.

—Vale, lo que tú digas, señor Contrariado —gritó la señorita Beulah, que llegó con un jarrón y un tarro grande de cristal, repletos ambos de flores—. Ahora mismo quiero que cojas el carro y vayas por mí al cementerio. Allí ya hay un canasto bien cargado, así que coges la mata de salvia y se la pones a mamá y papá Beecham. Estas dalias de aquí se las pones al abuelo Vaughn. A Sam Dale Beecham, los lirios de color vino y leche que van en este tarro. Y te aconsejo que los lleves bien sujetos entre los pies.

—Sí, señora.

—¡Y que no se te olvide lo que te tienes que traer a la vuelta! ¡No te dejes por el camino a ningún caminante solitario!

—Sí, señora.

—Venga, ve volando. Y si por el camino te encuentras a ese bendito mortal, das la vuelta sobre la marcha y vuelves con él —gritó la señorita Beulah cuando Vaughn ya se marchaba—. ¡Y que él lleve las riendas! ¡Déjale a él que guíe el carro!

Al ver a Vaughn marcharse traqueteando en el carro de madera de avellano, la señorita Beulah alzó ambas manos al cielo.

—Nunca será como Jack —dijo—. Siempre dice lo que no debe, hace lo que no debe, no hace lo que le digo, y va por ahí como le da la gana. Y además le importa un bledo lo que le digas.

—Beulah, Jack llegará de un momento a otro —avisó la tía Birdie.

Vaughn había esperado a dejarlo pasar. Un viejo cupé, un Ford, que en ese instante pareció una tetera negra a pleno hervor, que alguien retirase a todo correr del fogón, cruzó entonces la entrada. Dando tumbos se detuvo en el último trozo de sombra que quedaba libre bajo el árbol del pecán, y Etoyle dio un profético chillido.

—¡Es el tío Noah Webster! ¡Ha vuelto a Banner! ¡Y se trae a su mujer para enseñárnosla!

Acto seguido, un hombretón de poblado bigote descendió del coche con dos sandías sujetas bajo los brazos, y con ambas manos ocupadas aguantó el empujón con que Etoyle se le vino encima a todo correr, deteniéndola con las rodillas. Se rió sin dejar de caminar, y sin dejar de llevarla consigo a la carrera. Etoyle tomó el banjo que sujetaba en un puño y el señor Renfro tomó las sandías y las dejó en el porche.

—¡A ver si pones más cuidado, Sissy! ¡Ese es un hermoso...! ¡Cuidado, que lo rompes! —gritó el tío Noah Webster al dejar que la señorita Beulah tomase el regalo envuelto que traía en la otra mano. La besó con tal fuerza que por poco se le cae el objeto que traía envuelto. Con los brazos libres, rodeó a la abuela, mecedora incluida—. Si no eres la más bendita de...

—¿Y tú, qué estás haciendo aquí? —dijo la abuela a la defensiva—. Pero si me habían dicho que te habías muerto...

Aún tuvo tiempo de hacerle algunos arrumacos hasta que ella trató de responder con una sonrisa, y luego se marchó poco menos que al galope por el porche, atravesando el jardín, abrazando a sus

hermanos, besando a sus cuñadas, lanzando a los sobrinos por el aire para después cogerlos al vuelo. Al señor Renfro le dio una palmada en la espalda.

—¿Y tú a quién pretendes engañar con esa tapadera nueva que le has puesto a la casa?

—Anda, tío. Toca *Yo tenía un burrito*, tío Noah Webster —gritó Etoyle.

—A ver, dónde está Jack —vociferó el tío Noah Webster, y rasgó una sola vez el banjo—. ¿O es que no ha llegado aún?

—No, pero ya vendrá —gritó la señorita Beulah—. Ya verás qué alegrón le da a la abuela.

—No te quepa duda, Sissy. De eso estoy tan seguro como tú —exclamó el tío Noah Webster—. Por eso he pensado que si Jack lo consigue, pues yo también, ¿no? ¿Dónde está esa noviecita que tiene?

—Ha llevado al bebé a dormir —dijo Elvie con aire de solemnidad—. Para que cuando abra los ojos Jack ya esté aquí.

—Tío Noah Webster, mira lo que tienes detrás —dijo Ella Fay.

Caminando hacia donde se encontraban iba la nueva incorporación a la familia, la tía Cleo, procedente del sur de Mississippi, la segunda esposa del tío Noah Webster. Llevaba un vestido camisero a rayas moradas y blancas, de mangas tan cortas y tan prietas que la cicatriz de la vacuna le brillaba como un espejuelo que hiciera señales en la parte más alta del musculoso brazo.

—Hemos intentado estar preparados para cuando llegaran todos los invitados —dijo la señorita Beulah, mirándola de frente—. Esta es tu casa. Supongo que sabrás quién soy.

—¿Ese de ahí es tu marido? ¿Y ya se le ha clavado algo en el pie en lo que va de mañana? —preguntó la tía Cleo al ver cojear al señor Renfro.

—No, señora; lo que pasa es que una vez, con un poco de dinamita... —dijo la señorita Beulah.

—Pues qué llamativo que no le arrancase algo más gordo —dijo la tía Cleo.

—En fin, no vayas a pensar que lo ha hecho solo por ti —dijo la señorita Beulah—. Llegó con muletas y justo a tiempo el día en que

nos casamos, hace veinticuatro años. Y aquí está la abuela, que hoy cumple los noventa...

—Ah, igualito que tú los he cuidado yo —dijo la tía Cleo, y se inclinó para acercarse a ver mejor a la abuela—. Igualito, igualito.

—A mí no me venga con eso de «igualito, igualito» —dijo la abuela—. Voy a tener que dejar lo que estaba haciendo y echarla a bastonazos, como hago con alguna que otra.

—Y estas son mis hijas —dijo la señorita Beulah—. Ya tienen siete, nueve y dieciséis.

—Tres generaciones y todas se peinan con las mismas trenzas. Han tenido que hacer un camino largo, larguísimo, para llegar hasta aquí desde la civilización —dijo la tía Cleo.

Las niñas siguieron correteando.

—Es una reunión familiar mucho más concurrida de lo que nunca imaginé. Enhorabuena —dijo la tía Cleo.

—Un momento —gritó la tía Nanny—. Si es que todavía no hemos empezado, Cleo.

Y a medida que la tía Cleo comenzaba a mirar de nuevo en derredor, la tía Nanny gritó otra vez.

—¡Ya se enterará del momento en que empiece, cuando oiga la estampida! Será la señal de que nuestro chico por fin ha llegado a casa. Jack Renfro...

—¿Y dónde se supone que está? —preguntó la tía Cleo.

—En la penitenciaría —se oyó decir a una voz en poco más que un susurro. Era el tío Percy.

—¡La penitenciaría! ¿La penitenciaría estatal? ¿Parchman?

—¿Pero se puede saber qué ha hecho Noah Webster en todo este tiempo, que todavía no te ha contado la triste historia? —preguntó la tía Birdie.

—¿Qué fue lo que hizo Jack? —exclamó la tía Cleo.

—Nada de nada —se oyó a un coro de voces por encima de ella.

—Ya basta —dijo la señorita Beulah.

—Pues entonces... A ver, decidme con quién se casó antes de que se lo llevaran a la cárcel. Apuesto a que de alguien se quería asegurar, ¿no?, y así tener alguien a cuya casa volver...

—Pues por ahí mismo asoma —gritó Ella Fay—. Le gusta hacerse esperar, para luego estar más fresca y más limpitita que nadie.

—¿Quién es el rayo veloz que pasa por detrás de mí? —preguntó la anciana señora—. Que lo diga.

La jovencita que en ese momento salía de la sala de delante se presentó ante la anciana vestida de organza blanca, con un olor como a pan recién hecho por el perfecto planchado del vestido.

—Soy Gloria.

Con la excepción de la abuela, todos respiraron hondo.

—Vaya, una pelirroja. Oh-oh —dijo la tía Cleo.

—Se te ve ahora mismo, así de puntillas, tan rica que dan ganas de comérsete —exclamó el tío Noah Webster. Subió al porche de un brinco y le dio un fuerte abrazo y luego un beso.

—¿A que parece que acaba de salir de un cuento de hadas? —exclamó la tía Beck con su voz, cargada de compasión.

—Desde luego, tienes la pinta de estar tan rica y tan fresquita como un pastel recién horneado —le dijo la tía Birdie.

—¿Y con toda esa mata de pelo que tienes pasas calor? —preguntó la tía Nanny—. Yo es que te juro que me asaba, y más viendo de qué color lo tienes.

—La verdad es que a pesar del vestido tan caluroso y del cabello rizado, ahora mismo es cierto que se te ve más fresca que a nadie —dijo la tía Birdie—. Solo de echarte un vistazo una se muere de celos, Gloria, querida.

—Cuando le dan ganas de ser agradecida, Gloria es capaz de mostrar la más bella gratitud de toda la familia —dijo la tía Beck con su voz más amable.

—Bueno, pues si quieres que te diga la verdad ya me gustaría a mí saber por qué no iba a ser así —apuntó la señorita Beulah.

Gloria se sentó delante de todos ellos en el primer peldaño del porche, un tablón alargado y liso como el cuero, y más cálido que la piel, con sus zapatos de tacón alto, blancos y almidonados, sobre la piedra de montaña que formaba el peldaño inferior. Cubría los tres peldaños con sus tres metros de organza, con sus susurros y su frufú, ruidoso como un montón de ratones juerguistas, y así permaneció sentada, con

el mentón en la mano, la cabeza como una llamarada encendida. El cabello entre rojo y oro, una nube casi tan grande como el asiento de un taburete de órgano de iglesia, prácticamente ocultaba todo aquello a lo que pudieran los demás asomarse curiosos, e impedía verle los grandes ojos de color avellana. En un espacio del tamaño de una galleta, alrededor de los codos huesudos, pequeños, no tenía pecas en ninguno de los dos brazos; la cara interna también la tenía nívea. Pero todo el resto de su piel, cada ápice visible, incluidas las orejas, era un muestrario completo de pecas, como si la hubiesen espolvoreado con nuez moscada cuando aún la cubría el rocío y ya nunca fueran a borrarsele.

—Estate quieta y bien sentadita, hermana Gloria —canturreó Ella Fay—, con las manos recogiditas, no se te vaya a ensuciar el vestidito. Tú solo ponte bien guapa y preparadita para tu maridín. —Las dos hermanas menores la imitaron sonriendo—: Estate quieta y bien sentadita...

—¡Sí, señor! ¡Aún estás aquí! —El tío Noah Webster saltó de un brinco al suelo, correteó por delante de Gloria y la miró desde abajo de las escaleras, dándose una palmada en ambos muslos—. Cleo, hace tan solo dos años esta noviecita estaba tan verde como tú lo estás hoy. —Los desvaídos bigotazos le colgaban como dos pistolas cruzadas sobre su sonrisa radiante. Se dirigió a Gloria con una repentina exclamación—. ¿Ha conseguido alguno de estos obligarte a contar de una vez por qué te decidiste a casarte con un miembro de esta familia tan espantosa? Eso, para empezar...

—Ahí viene uno nuevo, justo a tiempo de impedirle que lo cuente —anunció la tía Cleo.

Vaughn entraba en ese momento por la puerta de la finca con las mesas del club social de la iglesia dando tumbos en el carro y con una pasajera a su lado; durante un minuto, todo lo que llegaron a ver de ella fue un sombrero estiloso, con una pluma inclinada a un lado. Luego sacó una pierna embutida en un calcetín blanco, de hombre, calzada con un zapato de invierno.

—Es la hermana solterona del señor Renfro, la señorita Lexie. Ay, esa mujer siempre se las ingenia para llegar en mala hora —exclamó la señorita Beulah saliendo a toda prisa de la casa.

La dama se bajó de la carreta muy endomingada, y alcanzó una vieja maleta de hule y la bajó ella misma.

—¡Una hora entera llevo esperando! Ya casi había llegado a pie hasta el puente, y allí me teníais, plantada en la tienda, esperando a que alguien se ofreciera a traerme. Algunos habéis pasado por delante de mí, y me habéis dejado con un palmo de narices —exclamó la señorita Lexie Renfro.

—Es por ese maletón que llevas. Cualquiera se plantearía si llevarte de ahora en adelante —dijo la señorita Beulah—. Y no sé yo sin habrá algún cuarto libre donde puedas dejar una maleta semejante.

—Todo lo que tengo me cabe de sobra en ella —dijo la señorita Lexie—. Así no tengo que volver a ningún sitio si no tengo ganas.

—No vayáis a morder a Lexie, que es una perra buena —dijo la señorita Beulah a uno de los perros pastores, y se encaró con la señorita Lexie al verla subir las escaleras.

—He tomado prestado un poco de aquí y otro poco de allá, y de una despensa y de la otra, así que aquí está mi donativo a la reunión —dijo la señorita Lexie, a la vez que rebuscaba en la maleta y sacaba un paquete bastante plano.

—¿Y qué es eso? —preguntó la señorita Beulah antes de haberlo aceptado.

—Un pastel de picadillo. Mal no le sentará a nadie —dijo la señorita Lexie.

La señorita Beulah lo desenvolvió de la hoja de periódico, una del Boone County Vindicator, en que venía envuelto, y lo encontró sujeto después dentro de una vieja tela de holanda oscurecida por las manchas de las moras. Lo sujetó por los lazos del cordel.

—A mí que no me mire nadie como si fuera la última mona —dijo la señorita Lexie—. Mi hermana Fay aún no ha venido, ni tampoco su marido, Homer Champion; he llegado antes que Nathan Beecham, y al hermano Bethune aún no se le ve por ninguna parte. Todo lo cual, la verdad, no me sorprende.

—No, y todavía falta Jack por llegar —exclamó la señorita Beulah.

—Vaya, eso sí que me sorprende —dijo la señorita Lexie.



—¡Pues va a venir! Y, por supuesto, no tiene usted que preguntármelo, bien lo sé yo —exclamó la señorita Beulah.

—¡No me digas! ¿Y qué clase de postal ha conseguido hacerte llegar, si se puede saber? —preguntó la señorita Lexie.

—Mi chico mayor nunca dejó de poner todo su esmero con el lápiz y el papel —replicó la señorita Beulah—. Pero te aseguro que nada le haría olvidar que es domingo y que es el cumpleaños de su abuela. No se le olvidaría ni aunque le fuera la vida en ello. Él sabe quién ha venido hoy y quién le está esperando, y con eso es más que suficiente.

La señorita Lexie Renfro inclinó las rodillas y se llevó la mano al sombrero una sola vez. No hizo ningún ruido, aunque en ella eso era lo mismo que una risotada.

—Pues entonces te puedes quitar el sombrero, Lexie —dijo la señorita Beulah.

—Cuando divisé ese sombrero acercándose, pensé... Pensé que serías otra persona —dijo Gloria a la señorita Lexie.

—Me he puesto el sombrero de los domingos que ella se pone. Eso no es ningún secreto. Ella no volverá a necesitar sombrero ninguno —dijo la señorita Lexie—. La señorita Julia Mortimer ha desaparecido de la vista de todos de una vez para siempre.

Salió el señor Renfro a llevarse la maleta de Lexie.

—¿Te has venido así sin más y has dejado sola a tu señora, Lexie? —preguntó a su hermana.

—A lo mejor es que se me necesita aquí mucho más que allá, mucho más, antes de que se ponga el sol —contestó.

La abuela señaló sus zapatos.

—¿Es que acaso eres enfermera? —preguntó a voces la tía Cleo mientras la señorita Lexie cruzaba breves saludos con los Beecham que tenía alrededor y se negaba a sentarse en un barril de clavos.

—Bueno, digamos que sé lo que hay que hacer tan bien o mejor que cualquier hijo de vecino —dijo la señorita Lexie.

—Pues ahora te has encontrado con un asunto de verdad. Te vas a enterar de lo que vale un peine, hermana —dijo la tía Cleo.

—Y yo podría contarte unas historias que ni te las imaginas, ya lo creo que sí...

Vaughn, tras haber sacado la mula del jardín, fue bajando poco a poco del fondo de la carreta los pozales de cedro y los pozales de la leche llenos de agua, los mismos que había traído del viejo pozo del abuelo Vaughn, el único que no se había secado. Los acarreó de dos en dos a la casa, relleno el pozal de beber que había en el porche y dejó los demás en la cocina. Luego, con la ayuda del señor Renfro, fue sacando de la carreta las mesas que había traído del club social de la Iglesia de Damasco, en Banner, junto con dos de sus mejores bancos.

—¡Vaughn! ¡Date prisa y cámbiate de ropa! No vayas a dar que hablar a toda la reunión con esa pinta de pasmarote que tienes —le gritó la señorita Beulah.

Había ya familia por todas partes: en el porche de la entrada y en el de atrás, entrando y saliendo de la sala, llenando los dormitorios y la cocina, atascando el pasadizo. El pasadizo en sí crujía. Unas veces se mecía bajo los pasos de la gente, y otras veces parecía que temblase por su cuenta, como tenía fama de suceder en el puente de suspensión que salva el río a la altura de Banner. Con las sillas, las camas, los alféizares de las ventanas, las cajas y los cajones, los bidones y los barriles y los pozales ocupados todos, poco espacio libre quedaba, con lo que unos y otros salían al jardín y merodeaban por la parcela mientras que los hombres se sentaron en tierra, a la sombra. Más allá, en el pasto, se había improvisado un partido de béisbol. Y las niñas le habían cogido el tranquillo al juego.

—¿Qué? ¿Demasiada gente a la vez, tía Birdie? —preguntó la tía Cleo.

—Es que mire a donde mire no hay más que Beechams y más Beechams —dijo.

—Son todos hermanos de Beulah. Con una sola excepción, el círculo sigue sin haberse roto —dijo la señorita Lexie Renfro—. Los Renfro venimos a ser un poco más escasos.

—¿Y de dónde ha salido tanta gente? —gritó la tía Cleo, y miró en derredor suyo.

—De todas partes. De todas partes que uno pueda imaginarse, de todos los rincones del condado de Boone. Veo rostros de gente que ha llegado de Banner, de Peerless, de Wisdom, de Upright, de Morning Star, de Harmony y de Deepstep; los veo sin el menor problema.

—Y esto es Banner. El corazón mismito —dijo la señorita Beulah a voces desde la cocina.

—En mi vida había oído hablar de ninguno de esos lugares —dijo la tía Cleo—. Excepto de Banner, claro está. Banner es de lo único que sabe hablar Noah Webster, y eso que habla por los codos. Yo misma soy de Piney.

—Yo en la actualidad resido en Alliance —dijo la señorita Lexie—. Eso me pone al otro lado del río respecto de todos los demás.

Se fue a dejar el sombrero en lugar seguro y regresó a duras penas por el pasadizo, hacia ellas, arrastrando algo.

La señorita Beulah dio un alarido.

—¡Vaughn! Ve a quitarle eso de encima a tu tía Lexie —dijo, y corrió ella misma hacia aquello, un cactus plantado en una maceta de madera—. Será bandida, mira que cargar con más de veinte kilos, con un agave americano, solo para alardear delante de nosotros...

—Pesos mayores he movido yo sola. Y así la concurrencia podrá dar vueltas alrededor —dijo la señorita Lexie—. Algo más habrá que darles a todos un día como hoy, digo yo; que algo tendrán que hacer además de hartarse a comer y oírse parlotear los unos a los otros.

El cactus iba amarrado a un palo de escoba, pero crecía hacia abajo, en largos tentáculos, como si quisiera salir a rastras de la maceta. Era de un color muy pálido, como la artemisia o el muérdago.

—Eso amenaza con florecer, madre —advirtió el señor Renfro a la señorita Beulah.

—Veo esas espinas que brotan igual de bien que las ves tú. Y sí, ya va siendo hora, diría yo. ¡Florece, florece! —exclamó con contento—. Sí, se ve que ya tiene ganas de florecer, a lo mejor lo hace esta misma noche... más o menos cuando sea hora de que se marchen todos, si es que el agave sabe lo que es bueno.

—A un agave no se le puede decir lo que ha de hacer —dijo la abuela.

—Bueno, pues baste con eso por tu parte, Lexie. Déjalo estar —dijo la señorita Beulah—. Y echa una mano en traer a Jack.

—¿A Jack Renfro? Ese no vendrá. Según mis cuentas, no ha pasado mucho tiempo allí metido —dijo la señorita Lexie. Tenía un semblante grisáceo, cansado, y llevaba el cabello a mechones grises y cortado como Buster Brown, solo que era ella misma quien se lo cortaba con unas tijeras de costura que llevaba colgadas de una cinta amarrada en torno al cuello, mientras iba de un lado a otro en busca de algo que hacer—. Más te valdría ir pensando en la cara que se te va a poner como no venga —le dijo a Gloria. Y le pisó el extremo del vestido con el pie enfundado en el calcetín blanco y fino, y calzado con un zapato de cuero negro polvoriento, con el tacón desgastado.

—¿Y esta? ¿Qué hará largándose cada dos por tres y dejando de estar en buena compañía? —preguntó acto seguido la tía Cleo—. ¿O es que se cree que es demasiado buena para nosotros, eh?

Y es que Gloria se había alejado por el jardín, dejando a la espalda la casa, atravesando los corrillos de los que esperaban sentados, hasta quedarse totalmente sola. Como llevaba zapatos de tacón tenía que caminar casi de puntillas, como un ave a punto de levantar el vuelo.

—Vaya cabello tan llameante, hasta parece que le haga daño —murmuró la tía Beck—. Más aún si lo lleva así, con la que está cayendo ahí fuera...

Todas las tías, en el porche, se guarecían del sol como si lloviera a cántaros. Los helechos colgados de unos cestos de alambre se extendían por encima de sus cabezas, oscuros como nidos, uno para cada una de ellas. La única que no parecía dispuesta a sentarse era la tía Lexie.

—De todos modos, ¿a dónde piensa Gloria que va? —preguntó la tía Nanny apantallándose los ojos.

Cerca de la cancela había un buen trozo de tronco de cedro bien pulido y casi plateado a la sombra del árbol del paraíso. Bruñido por el paso de las estaciones, con los nudos luminosos y las circunvoluciones alisadas, parecía un instrumento musical de pistones.

—A ese poyo se encarama —dijo la señorita Beulah cuando Gloria se sentó de espaldas a ellas, las colas de la cinta con que se ceñía el vestido colgando como las de un organista en la iglesia.

—Es que tiene que estar lista para cuando venga su marido, tanto si logra llegar como si no —dijo en voz queda la tía Beck—. Pero aún es joven, podrá aguantar la decepción.

—Es tan joven que no conoce otra cosa. No hay manera más pobre en el mundo de conseguir que venga —dijo la tía Birdie—. Prepararse con tanta antelación, y luego clavar los ojos en el camino por si lo ve aparecer.

—Estate quieta y sentadita, hermana Gloria, con las manos recogidas —canturrearon a coro las hermanas de Jack—, no se te vaya a ensuciar el vestidito. Bastante tienes que hacer, basta con que te sientes a esperar y esperar a tu maridín. —Las dos hermanas menores la imitaron sonriendo—: Estate quietecita y sentadita...

—Cuando nos oculta esa carita de resolución que tiene, y solo se la ve de espaldas, una la encuentra tiernísima —dijo la tía Beck a las demás en tono sentencioso—. Al verle así las paletillas, me parece una noviecita que fuera la ternura en persona.

Un gato grande, pinto, de aire tontorrón y que parecía estar mudando de pelo, salió al porche, y fue apoyando la cabeza contra los pies de las tías, tras lo cual se irguió y emitió un sonoro ronroneo.

—Este sigue igual de fiel que siempre. Está buscando a Jack —dijo Etoyle.

—Ese gato casi se podría haber convertido en perro desde que empezó a echar en falta a Jack.

—A ese más le vale azuzar al caballo —dijo la abuela.

—Seguro que viene, abuela; vendrá todo lo deprisa que pueda —le prometió la tía Birdie.

—Escuchad —dijo en son de chanza la tía Nanny—, supongamos que estén por fin dispuestos a dejar salir a esos chicos, y que luego se metan en algún otro lío y los pillen con las manos en la masa.

—Si así fuese, más les valdría sujetarlos bien por las orejas —dijo la señorita Lexie. Había empuñado una escoba y barría bajo la silla que habían traído del colegio, la única en la que nadie se había sentado.

—Tú no castigarías a un niño el último día de clase, ¿verdad que no? —preguntó el tío Noah Webster—. ¿Tú lo harías, Lexie?

—Naturalmente que lo haría. Por Dios bendito, no te olvides de que yo trabajé de maestra —exclamó la señorita Lexie.

Vaughn espantó a las niñas del columpio, y mientras los tíos se ponían en pie para mirarlo, comenzó a preparar las mesas alargadas, de madera basta. Eran cinco en total, grises y fatigadas de tantos años a la intemperie, como los cascos de los botes de remos, y olían a mostaza húmeda, a lluvia olvidada, a hojas de morera. A ninguna de las cinco fue fácil convencer para que aguantasen sin temblaquear sobre las patas de los caballetes. Vaughn trazó una línea imaginaria desde el gran naranjo de Luisiana hasta el árbol del paraíso. A menos que Gloria cambiase de sitio, tendría que darle una sacudida justo en el centro.

Cerca de la casa, los perros de la concurrencia habían formado una serie de hileras desperdigadas, una congregación de dorsos correosos y sacudidos a un tiempo, como si fuesen una única y alargada locomotora que se escuchase a varias millas por la potencia de su respiración. Sobre las piedras castañas de sus frentes aleteaban las amarillas mariposas de agosto como en los sueños, algunas posándose casi en el morro. Sid, atado detrás, en el granero, era el único que se ocupaba ahora de ladrar. Sus llamadas, llamadas lánguidas e insistentes, sonaban sin descanso.

—Creo yo... —dijo la tía Cleo, que era la recién llegada al clan—. Vaya, que me parece que estoy esperando a que alguien me cuente a qué se debe todo esto de la bienvenida que se va a dispensar a Jack Renfro. ¿Qué es lo que ha hecho ese muchacho, si es tanto o más importante que lo hecho por todos estos tíos suyos tan crecidos y tan grandullones, y por todos sus primos, e incluso por el tullido de su padre? ¿Cuándo se marchó? Y a todo esto, si no ha enviado siquiera una postal, ¿por qué estáis todos tan seguros de que es hoy cuando vuelve a casa? ¿Y para qué se ha puesto su esposa el vestido de novia?

Le habían dejado la silla del colegio a la tía Cleo para que tomara asiento. Había puesto el codo en el ala que se usa para apoyar el cuaderno y había cruzado los pies.

Los tíos se desmerecieron entonces y se acercaron con paso cansino hacia la casa. El tío Noah Webster se deslizó sobre el suelo del porche y puso la silla de anea del revés, para sentarse a su lado.

—Si no te han dicho nada y no tienes por dónde empezar, me temo que no podríamos contarte todo eso ni así que pasaran cien años, hermana Cleo —dijo la tía Birdie—. Mucho me temo que Jack iba a llegar antes de que terminásemos.

—Se puede intentar —dijo ella.

No soplaban ni una pizca de aire. Pero las hojas en forma de corazón del naranjo de Luisiana que crecía junto a la casa se mecían sin cesar sobre su propio eje, como si pendiesen de un hilo. Y algunos remolinos de polvo se desplazaban como personas descabezadas por el camino de la granja, o bien se aventaban por los campos, camino de ninguna parte.

—¿No es mejor esperar a que llegue el hermano Bethune y nos lo cuente a todos cuando estemos sentados a la mesa? Él seguro que sabrá entretener la historia con la de la familia —suplicó la tía Beck.

—Pero esta será la primera vez que lo intente con nosotros —le recordó el tío Percy.

—Pues ya puestos, si se muestra tan pobre en comparación con el abuelo Vaughn como en sus discursos en el púlpito los segundos domingos de cada mes, para mí que ni siquiera se habrá ganado la cena —dijo el tío Curtis.

—El hermano Bethune lo hará lo mejor que pueda, eso es seguro, y todos disfrutaremos de esa voz que tiene —dijo la tía Birdie—. De todos modos, su papel en esta historia ha sido bastante mezquino. Yo no diría que sea impropio de un predicador abstenerse de algo en lo que no tuvo mucho que ver.

—Yo lo que quiero sobre todo es saber por qué mandaron a Jack a la penitenciaría —dijo la tía Cleo.

La señorita Beulah se levantó y se fue, y casi en ese mismo instante oyeron el estrépito de cacharros en la cocina.

Un sinsonte trazó una pirueta en el aire, piando, hasta remontar el vuelo y posarse en lo alto del tejado del granero. Después de pasar todo el verano alicaído, en la época de la muda, se encaramó en su sitio de costumbre y se puso a trinar como si le fuera la vida en ello, interpretando a los dos contrincantes de una pelea.

Las voces de los demás se acompañaron con la del pájaro, unas como sartenes que golpeasen los fogones, otras como cadenas que cayeran dentro de un pozal, otras como los pichones que había en el granero, otras como los gallos al alba, otras como el crepitar de las cigarras al atardecer, todas a coro. La voz de la paloma al alba era la de la tía Beck, la de la niña de cinco años era la de la tía Birdie. Pero al final se impuso la voz de señora entrada en carnes de la tía Nanny:

—¡Que sea Percy quien lo cuente! Su voz es tan delicada... A ver hasta cuándo es capaz de aguantar.

Solo en el último instante se le ocurrió a la tía Cleo exclamar:

—¿Tan larga es la historia?

—En fin. Un año más se había recogido la cosecha. Tiempo para que a los hijos de todos se los tragasen las aulas. —El tío Percy, con una voz que era fina y cascada a la vez, ya había empezado su relato—. Podemos estar seguros de que el abuelo Vaughn los había llevado a todos por el buen camino, bendiciéndolos como es debido aquí mismo, cuando se sentaban a la mesa, y de que todos se marcharon felices y contentos, bien dispuestos, aseados y despiertos. Jack portándose a las mil maravillas. Se los llevó el autobús escolar, se los llevó a todos entre chirridos y bocinazos. Jack se marcó dos o tres docenas de canastas jugando al baloncesto sin fallar ni una sola, se colgó de la rama del roble mientras Vaughn contaba hasta cien en voz alta, y cuando llegó la hora de jurar lealtad a la patria fue él quien izó la bandera y encabezó la salutación de todos los chicos del colegio. Y una vez hecho esto, entró en el aula y fue cargándose una por una todas las moscas veraniegas mientras la maestra aún estaba sacando los bártulos del pupitre. Eso, a lo que sé por Etoyle.